

¡Oh, llama de amor viva!

En el día de Pentecostés se cumplen cincuenta días de la resurrección de Jesucristo. El número simboliza la plenitud perfecta. Con esta fiesta se clausura el tiempo de Pascua, que forma un todo desde la resurrección hasta la venida del Espíritu Santo. El Espíritu Santo es el don perfecto de la Pascua, el don de Cristo resucitado y glorioso, rebosante del Espíritu. De su santísima humanidad brota ese Espíritu para todo el que se acerca a beber de Él.

El Espíritu Santo es una persona divina, la tercera persona de la Santísima Trinidad. Es el amor personal de Dios. Es Dios amor y nos diviniza. Este Espíritu Santo ya aleteaba al inicio sobre las aguas, convirtiendo el caos en cosmos. El mismo Espíritu que dio fuerza a los jueces, que inspiró a los profetas, que hizo de los hombres amigos de Dios. Es el Espíritu Santo que ha actuado directamente realizando el misterio de la Encarnación en el vientre virginal de María y ha colmado a Jesús desde el seno materno, empapándolo en el bautismo del Jordán. El Espíritu, que como un fuego abrasador ha hecho agradable ante el Padre la ofrenda de Jesús en la cruz, “en virtud del Espíritu eterno” (Hb 9,14). El Espíritu que resucitó a Jesús de entre los muertos, colmándolo del amor del Padre. El mismo Espíritu que Jesús resucitado insufla en el corazón de los apóstoles: “Recibid el Espíritu Santo...”. El Espíritu que como llamaradas de fuego se posó sobre los apóstoles reunidos en oración con María.

Esta persona divina es para muchos el “gran desconocido”. Sin embargo, toda la vida espiritual, la vida según el Espíritu, tiene en él su origen, su crecimiento y su plenitud. Él es el protagonista de la vida de gracia, de las virtudes infusas, de los dones. Es el autor silencioso de todo crecimiento espiritual. Es el alma de la Iglesia. Es el motor que transforma la historia humana desde dentro. En la fiesta de Pentecostés pedimos que se realicen en el corazón de los fieles aquellas mismas maravillas que Dios obró en los comienzos de la predicación evangélica. ¡Ven, Espíritu Santo! El Espíritu Santo es como fuego que quema, que alumbra, que da energía y que todo lo renueva. Es dulce huésped del alma, padre amoroso del pobre, fuente del mayor consuelo, tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego.

“¡Oh, llama de amor viva que tiernamente hieres de mi alma en el más profundo centro... rompe la tela de este dulce encuentro!” “Oh cauterio suave, oh regalada llaga” (San Juan de la Cruz). La acción del Espíritu es inefable. Que Él nos dé a saborear la riqueza de sus dones, “que a vida eterna sabe y toda deuda paga”. Que hoy se produzca en toda la tierra un nuevo Pentecostés.

+ *Demetrio Fernández, obispo de Tarazona*
11.05.2008